

etc. Se hace uno la ilusión de estar en la casa de un hombre de buen gusto.

Hé aquí las personas que lo ocupaban.

Ilustrísimo Señor Arzobispo de Michoacán; Ilustrísimo Señor Obispo de León; Señor Canónigo Don Miguel Mancilla, de Michoacán; Señores Canónigo Don José M. Velázquez, Presbítero Don Francisco S. Ginori, de León.

Señor Promotor Fiscal Lic. Don Ramón Valle, de León.

Señores Curas Don Ramón Fuentes y Don Francisco Licéa, de Michoacán.

Señor Cura Don Tiburcio Medina, de León.

Señores Presbíteros Lic. Don Celso G. de León, Don Ruperto Castañeda, Don Cirilo Rueda y Don Rafael Ortíz, de León.

Señor Diácono Don José Serrato, de Michoacán.

Señores Don Miguel Barba y Barón, Don Luis G. Reynoso, Ingeniero Don Pablo Orozco, Dr. Don Tomás Casillas y Lic. Don Agustín Obregón, comisionados de Guanajuato.

Al llegar á Silao, el V. Clero de aquella Parroquia llegó á felicitar á su Prelado y al metropolitano, y se agregaron á la comitiva, como comisionados para recibir á los ilustres huéspedes en la estación, las siguientes personas:

Señores Cura de Guanajuato, Don Perfecto Amézquita, R. P. Prepósito del Oratorio Don Antonio Pompa, Presbítero Don José M. Mendoza, Presbítero Don Mucio Arriaga, Licenciado Don Carlos Chico, Licenciado Don Canuto Villaseñor, Don Joaquín Silva, Don Agustín Ajuria, Don Guillermo Montes de Oca, Don Luis Licéaga, Don Ignacio Barrera y Don Juan Romero.

Al llegar á la estación de Marfil, un gentío inmenso llenaba la calzada y los cerros circunvecinos; la población estaba adornada y en las azoteas los hombres saludaban con los sombreros y las mujeres con los pañuelos.

El ferrocarril urbano nos esperaba; el wagón que ocuparon los Ilustrísimos Señores Obispos estaba lujosamente adornado y en un lado se levantaba el dosel episcopal.

Durante los cuatro kilómetros que hay de Marfil á Guanajuato, acompañaron á los wagones y á su paso multitud

de gentes, de las cuales la mayor parte continuó después desde la Alameda del Cantador hasta el Templo Parroquial, al rededor de los carruajes.

En la Estación del Cantador que se hallaba profusamente adornada, fueron recibidos los Señores Obispos por nuevas y numerosas comisiones, y entraron al salón preparado, donde fueron felicitados en breves pero sentidos discursos.

Allí estaban todos los carruajes de las familias de Guanajuato para conducir á los ilustres huéspedes y á su comitiva, quienes se dirigieron á la Parroquia.

Las calles del trayecto estaban adornadas con el exquisito gusto que caracteriza á los guanajuatenses, haciendo ver la liberalidad con que gastan el dinero, lo cual también forma su carácter.

Se habían levantado algunos arcos triunfales y hubieran sido más sin el temor que algunas personas manifestaron de que la autoridad política les hiciera alguna reclamación. Pero las autoridades tuvieron el buen sentido de dejar en completa libertad al pueblo, comprendiendo bien que ninguna de aquellas manifestaciones se oponía á la ley, pues ninguna tampoco tenía el carácter de *culto público*.

En efecto, á los Obispos no se tributa culto, y por lo mismo todas las demostraciones lo son de afecto particular, sin que las leyes de Reforma, por exigentes que sean, puedan creerse lastimadas en lo más mínimo.

Músicas, iluminaciones, adornos en las calles, de todo ha habido en esta ciudad no hace mucho tiempo, cuando vino á ella el Señor General Díaz, y no podrá sostenerse que el Señor General, el Gobierno y los que tomaron parte en aquellos festejos quebrantaban la ley.

Adornos, luces y músicas no caen bajo la férula del moderno código reformista, aunque algunos fanáticos políticos, ciegos con su pasión exaltada, juzguen lo contrario.

Saliendo de la Iglesia Matriz, nos dirigimos á la casa de la Señora Doña Antonia del Moral de Jiménez, donde estaba preparada la comida. En esta casa estaba dispuesto el alojamiento del Illmo. Señor Arzobispo. El Ilmo. Señor Barón se alojó en la casa del Señor Amézquita, y el Ilmo.



Señor Montes de Oca, en la casa de la Señora Echeverría de Obregón.

De paso hay que notar que Monseñor el Obispo de Linares no quiso ir á su casa, porque habiendo muerto en ella el señor su padre, hubiera encontrado allí dolorosos recuerdos; esto hace mucho honor á sus sentimientos y á su gran corazón.

El día 26 llegó este dignísimo Prelado, habiendo sido también recibido como corresponde á su dignidad de Obispo y á su fama literaria que tanto honra á nuestra Patria, y en unión de los Señores Arciga y Barón se dirigieron al Templo del Oratorio.

Prescindimos de describir el aspecto de la grandiosa Basílica, sobre todo en aquel momento: la magestuosa cúpula, que es tal vez la mejor que hay actualmente en la República, se elevaba al cielo; como en aquellos instantes los corazones de los fieles, y las anchas naves se abrían llenas de luz y de vida, como se abre el corazón á la esperanza, al acercarse al Dios de la Eucaristía. Un altar se había improvisado: una ráfaga de oro llenaba la mayor parte de la pared del fondo, y en su centro y colocada sobre nubes, la dulcísima Imágen de la INMACULADA sonreía á todos los que se llegaban á la casa de su Hijo. A uno y otro lado las imágenes de San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola, la adoraban de rodillas, y al rededor aéreas nubes de tela de gasa y plata, bajaban desde la bóveda á perderse entre las sombras misteriosas del altar.

En este descansaba la gigantesca Cruz de hierro que iba á bendecirse, y ocupaba toda la longitud del Presbiterio: mañana, coronando la cúpula, esparcirá esas bendiciones sobre toda la ciudad.

Entraron por la puerta del salón que interinamente sirve de sacristía, los Ilmos. Señores Obispos, y una multitud inmensa se agrupó bajo las bóvedas.

En aquel momento comprendimos la verdadera grandeza de las dimensiones del templo; un gentío compacto ocupaba la Plaza hasta la casa del Señor Arzobispo; la calle de la Tenaza estaba también materialmente llena de gente; en la

Plazuela de la Compañía se apiñaba la multitud, prolongándose por el lado en la calle del Sol, y por otro en la calle de los Baños. En el momento en que los Prelados llegaron al Presbiterio, se abrieron las puertas; la gente se precipitó á ocupar las naves, y aquél inmenso pueblo quedó con bastante desahogo.

Del lado del Evangelio se levantaba el dosel Pontifical para el Diocesano, y en el de la Epístola el faldistorio para los Señores Arciga y Montes de Oca; un numerosísimo clero secular y regular, se abría en dos alas á ambos lados; la magestuosa gradería era ocupada por los acólitos, y el incienso se elevaba á los alrededores del altar.

Junto á la gradería del Presbiterio, y al comenzar la nave mayor, se había levantado una especie de cruzía, y aquel lugar estaba ocupado por los padrinos de la bendición.

Estos fueron: Señores Francisco Glennie, Francisco de P. Castañeda, Ramón Alcázar, Ignacio Ibarguengoitia, Manuel Ajuria, Ing. Pablo Orozco, Lic. Manuel Muñoz Ledo, Lic. Joaquín Chico, Luis Goerne, Gregorio Jiménez Marmolejo, Francisco Eterra y Claudio Obregón.

Las madrinas: la Sra. Espiridiona S. de Glennie, Luz O. de Castañeda, Luisa I. de Alcázar, Angela C. de Ibarguengoitia, Juana C. de Ajuria, Refugio E. de Orozco, Josefina O. de Muñoz Ledo, Ignacia G. de Chico, Francisca R. de Goerne, Antonia del Moral de Jiménez, Josefa S. de Hordieres y Josefa V. de Obregón.

Algunos padrinos y madrinas estando de luto, se hicieron representar dignamente.

El Señor Barón no permitió que los otros dos Prelados se sentaran en el faldistorio, y los llevó consigo al dosel.

Comenzó el acto con una reseña histórica que hizo el Señor Presbítero Don Lucio Marmolejo, ó como dice el programa, «una memoria de la colosal cuanto grandiosa obra de la Compañía.»

Esta pieza oratoria fué magnífica; no sabemos que brillaba más, si la erudición ó la galanura del estilo. Pronto la tendremos impresa.

En seguida el Ilmo. Señor Barón, revestido de Pontifical, hizo la solemne bendición de la Cruz.



¡Sublime momento! Todas las frentes se inclinaron al suelo, todos los corazones se dirigieron al trono del Altísimo. ¡Hé ahí esa Cruz, locura para los gentiles, escándalo para los judíos, cubierta de gloria, y recibiendo la adoración de un pueblo entero!

¡Oh! no sabía el pueblo deícida al gritar *crucifije*, que era tan gloriosa la humillación de su víctima, que el mismo patíbulo sería de allí adelante más glorioso que el mismo *Sancta Sanctorum* de su Templo!

¡Qué magestad hay en aquellas ceremonias que sólo al Pontífice es dado hacer, según el rito marcado en el Pontifical Romano! A nosotros nos pareció que en aquél momento, como en el de la dedicación del Templo Salomónico, *la magestad de Dios llenaba el Templo!*

Concluídas las augustas ceremonias, ocupó el púlpito el Ilmo. Señor Montes de Oca.

Inútil sería encomiar un discurso suyo: baste decir que fué suyo.

Al terminar su magnífica oración, el Ilmo. Señor Arzobispo se revistió de Pontifical y entonó el *Te Deum*, ese canto patético y sublime, que desde el Siglo IV es la más alta expansión de la alegría cristiana.

La música del himno fué compuesta expresamente para ese día por el Profesor Don Ventura Gómez, quien al decir de los inteligentes, se manifestó á gran altura, y sin duda su obra vivirá en nuestra música religiosa.

Muy digno de elogio es el Señor Gómez, pues llevado únicamente de su piedad, y sin remuneración ninguna, no solamente dió su obra, sino que él mismo la instrumentó para más de ochenta músicos, y la dirigió personalmente.

Terminada la solemnidad religiosa, se dirigieron los Ilmos. Señores Obispos y su comitiva, á la casa de campo del Señor Goerne, donde tuvo lugar la convivialidad que los padrinos habían dispuesto.

Pero antes de continuar la descripción de la fiesta, es necesario decir aquí como Baltazar Alcázar: *quédese para mañana.*—RAMÓN VALLE.

Habla luego el «Pueblo Católico» de León y dice:

“Al llegar el tren á Marfil, la comitiva fué recibida en varios wagones de las tranvías, entre los cuales el oficial estaba magníficamente adornado con festones de flores, pabellones, armas episcopales, etc. y en el fondo del coche estaba colocado un sitial que por deferencia mútua no ocupó ninguno de los Ilmos. Señores.

Desde Marfil empezó el adorno de las casas, de los muros y de las haciendas situadas en el tránsito, é iba creciendo á medida que se llegaba á la ciudad. Cortinas, gallardetes, banderolas, especialmente de los colores nacionales y los propios de la Iglesia; cipreses de flores simulando arcos triunfales, é inscripciones, de las que sólo pudimos tomar nota del siguiente dístico:

«Con fé, respeto y amistad sincera  
Vuestra visita Guanajuato espera.»

Y expresaba la verdad, pues tales eran los sentimientos que se retrataban en los semblantes de aquella multitud que en grandes avenidas se agrupaba á los carruajes.

Llegada la ilustre comitiva á la Estación del Cantador, pasó á un salón preparado bajo los techos de la misma, donde resonaba una música bélica. Después de haber ocupado sus asientos los Ilmos. Señores, en el sitial preparado, ocupó la tribuna un Señor Don Juan Arenas, quien interpretó perfectamente, en un tierno discurso, los sentimientos de sus conciudadanos, conmoviendo á todo el auditorio. Sentimos no tener á la mano esa pieza para reproducir á lo menos algunos trozos, tales como aquél en que después de haber apostrofado al Ilmo. Señor Barón entregándole, no ya las llaves de la ciudad como á los antiguos reyes, sino las de los corazones de los guanajuatenses, se dirigió al Señor Arzobispo; pero al hacerlo se muestra vacilante acerca del título que debe darle, y por medio de un brillante giro oratorio, se decide á llamarle, cediendo á las exigencias del corazón, «¡Nuestro Señor Cura Arciga!» Siguió después un himno cantado con entusiasmo por un coro de Señoritas y Señores, acompañado por la orquesta, después de lo cual partió de



nuevo la comitiva entre músicas, salvas de cohetes, repiques y aclamaciones de la multitud.

Al llegar al término de la tranvía, la comisión preparada al efecto tomó las riendas de los elegantes carruajes para conducir á los huéspedes á sus respectivos alojamientos, como lo hizo, después que visitaron la Parroquia, y el Ilmo. Diocesano bendijo solemnemente al pueblo.

Nos apresuramos á referir lo que pasó en la noche, porque nos parece de singular interés.

Estábamos en un balcón contíguo á los del alojamiento del Ilmo. Señor Arciga, admirando la belleza de la iluminación de toda la ciudad, que se iba elevando en ondulaciones hasta una altura que, por ser de noche, parecía tocar al cielo; contemplábamos, decimos, este espectáculo enteramente nuevo para el que no es de Guanajuato, cuando de una de las tortuosas calles vimos desenvocar un torrente de luz, oyéndose á poco un golpe de música y un robusto clamoreo. ¡Ah! era un *víctor* en honor de los ilustres huéspedes. Millares de operarios de minas que circundan la ciudad, cada uno de ellos con una tea de las que usan dentro de sus profundos antros, venían á hacer, á su modo, una manifestación de su respeto y adhesión á su Pastor el Ilmo. Señor Barón, y de singular afecto á su Señor *Cura Arciga*.

Como hemos dicho, estábamos cerca de la habitación del Señor Arzobispo, y pudimos ver lo que allí pasó. Llegó frente á la casa aquella basta multitud agitando las teas y gritando vivas á su antiguo Señor Cura, especialmente en las interrupciones de la música. Salió el Señor Arzobispo y dirigió una breve alocución á sus antiguos feligreses, quienes cayeron de rodillas en absoluto silencio, para recibir la bendición; levantáronse en seguida reiterando con más fuerza sus entusiasmados vivas, y yendo á repetir la misma escena ante el alojamiento del Ilmo. Señor Barón. El *víctor* recorrió las principales calles de la población, y se retiró al fin á los cerros de donde había salido, sin que operario alguno hubiera cometido el más insignificante desorden.

¡Ah! hechos semejantes sólo los produce el catolicismo!

A las nueve de la mañana siguiente, las campanas de to-

das las Iglesias anunciaban la bendición, y se decía con regocijo que el Ilmo. Señor Montes de Oca estaba en Guanajuato.

Con gran trabajo penetramos la compacta multitud que se extendía desde el atrio hasta la suntuosa Compañía, logrando colocarnos convenientemente para observarlo todo.

¡La Cúpula! Esto era lo que había que ver ante todo; es una construcción atrevida: dos órdenes de esbeltos arcos sostienen el remate ó cimborrio, y el conjunto es muy semejante, según se dice, á la cúpula del Capitolio de Washington. El templo, reducido antes á la longitud de las naves, ha crecido ahora en una tercera parte, por el espacio del centro que ocupa la cúpula y el amplio Presbiterio.

Si los guanajuatenses no desmayan, si los que hoy viven quieren ver completa su obra, pronto tendremos en Guanajuato una Basílica de primer orden.

Volvimos la vista á la concurrencia y advertimos con gusto que había asistido lo más selecto de la sociedad; descollando las doce madrinas y los doce padrinos de la bendición, entre los que estaban el Señor Gobernador y su esposa. ¡Bien por la verdadera ilustración! El fanatismo irreligioso ó las contemporizaciones con los impíos, hacen á muchos traicionar sus más caros y nobles sentimientos.

Un golpe de música anunció la llegada de los tres Ilmos. Señores. ¡Un Arzobispo y dos Obispos á la vez en Guanajuato! No se registra un caso semejante en los anales de esta ciudad. Después de haber ocupado sus asientos respectivos, el Señor Presbítero Don Lucio Marmolejo ocupó la tribuna para dar lectura á la interesante historia del Templo de la Compañía, desde su construcción hasta la reedificación de la Cúpula, objeto de la fiesta. Es muy digna de ver la luz pública esa Reseña histórica del Señor Marmolejo, no sólo por su valor literario, sino por los hechos importantes consignados en ella. Allí consta v. g. que del lugar que hoy ocupa el templo, fué desalojado un alto cerro en fuerza de la piedad entusiasta de los mineros; que las faenas para quitar el escombros se hacían en sacos de rico terciopelo; que las barras del trabajo eran de plata; que la mezcla con que se



puso la primera piedra del edificio tenía polvo de oro y otras cosas así.

Siguió la solemne bendición de la Cruz por el Ilmo. Señor Barón, terminada la cual, ocupó la tribuna el Ilmo. Señor Montes de Oca. ¡Qué justos son los elogios que se tributan á este gran literato! Ipandro Acaico estaba allí radiante de gozo, cantando con frases sagradas las glorias verdaderas de su tierra natal, y exhortando á su pueblo con Esdras á terminar la reconstrucción del templo material y á emprender la del templo espiritual.

Tocó su turno al Ilmo. Señor Arzobispo, quien entonó el *Te Deum*, siguiéndolo una magnífica orquesta con una composición *ad hoc* por Don Ventura Gómez, maestro de Capilla.

El Señor Arzobispo bendijo al pueblo con el Santísimo y así terminó la solemne fiesta que como se dijo en los discursos, hará época en los anales de Guanajuato.

Describir ahora las brillantes demostraciones de que en lo particular han sido objeto cada uno de los Ilmos. Prelados, los valiosos objetos que los padrinos de la fiesta les han hecho, la general estimación con que ha sido recibido el Ilmo. Señor Barón por sus Diocesanos que no le conocían, etc., haría esta relación más extensa de lo que permite la estrechez de nuestras columnas.

Reciban los guanajuatenses nuestras felicitaciones y hacemos votos porque los buenos sentimientos que abrigan y de que en esta vez han dado pruebas, léjos de amortiguarse aumenten más y más. Felicitamos á los RR. PP. Felipenses y en particular al Señor Pompa á cuyo empeño se debe la solemnidad que Guanajuato acaba de presenciar.

Copiaremos la Revista que con este motivo publicó «El Tiempo,» diario de México y que es la continuación de la que acabamos de ver.

“Si mi memoria no me engaña, cerré la anterior cuando nos dirigíamos á la convivialidad de la casa del Señor Goerne, sita en el siempre agradable paseo de la Presa.

Yo iba reuniendo material para forjar estas revistas, y al sentarme á la mesa pensaba en ellas, diciendo como Virgilio, aunque suprimiendo el *forsitan*.

*Forsitan et tunc olim meminisse juvabit.* Suntuoso estuvo el banquete, digno de los padrinos, que eran los anfitriones, y durante él reinó la mayor cordialidad y alegría.

Brindaron los Señores Presbíteros Don Antonio Pompa, Tiburcio Medina y Ramón Valle. El último dijo así:

“El más grande de los poetas, que ofusca con su lirismo lo mismo á Píndaro que á Horacio, dijo en uno de sus Salmos que Dios se daría á conocer en su templo; permitidme, señores, una reminiscencia del púlpito: *cognoscatur Deus in templo sancto suo.*”

“Esta palabra viene á mis labios al recordar el gran acontecimiento que hoy celebramos, pues pocas veces se ha visto con mayor claridad que «si el Señor no edifica, en vano se afanan los que construyen y trabajan.»

“En días felices la piedad y la riqueza, que entonces unidas distinguían á Guanajuato, competían por honrar al Dios de nuestros padres, y sin embargo, el Oratorio, nuestro templo favorito, no manifestaba su grandeza, sino por la grandeza de sus ruinas.

“Más tarde, es decir, en nuestra época, la riqueza fué arrancada de las sagradas manos de la Iglesia, y como un castigo providencial, huyó de las manos de los particulares, y Dios escogió este tiempo para que viéramos terminada la gran Basílica.

“¿En la misteriosa elección de este tiempo no se descubre á Dios?

“Y si se le conoce y se le descubre en su sabiduría, no menos en su liberalidad, en su bondad y en su poder, ¿quién movió los corazones para que se diera, y quién dió que dar?

“Creen los guanajuatenses que han dado un templo á Dios. . . . . ¡ah! no, señores, es Dios quien ha dado un templo á los guanajuatenses.

“En él quiere ser adorado, en él está pronto á derramar sus gracias, en él quiere «el culto de reparación,»

“Brindo, Señores, porque nos hagamos dignos de este nuevo favor de nuestro Dios.

“Y si acaso el mío, más que brándis, parece sermón, notad, señores, os lo suplico, que en mí más que el literato, aparece el sacerdote.”



Terminada la comida, volvimos á la ciudad, donde los preladados recibieron nuevas felicitaciones y numerosos testimonios de simpatía. Por mi parte, fuí invitado esa noche á una gran cena que se dió á Monseñor Montes de Oca, en la casa de los Señores Obregón, y quedé, como siempre, encantado de la amabilidad de la familia.

El Domingo 27 los Señores Obispos se ocuparon en Confirmar, y en la noche tuvo lugar la distribución de premios á los alumnos del Colegio de Santa María, y á los niños y niñas de los Colegios del Sagrado Corazón de Jesús.

La concurrencia fué selecta y numerosa, y el salón estaba adornado con suntuosidad. En él llamaba la atención el dosel episcopal, de raso y terciopelo, y bordado magníficamente, más notable por el exquisito gusto que presidió á su ejecución que por lo rico de su material. No lo hubiera desdeñado ningún rey para su trono.

El discurso oficial fué pronunciado por el Señor Lic. D. M. Ramírez; su plan fué perfectamente desarrollado en una alocución castiza y fácil.

También el que esto escribe ocupó la tribuna y recitó una poesía.

La Señora Jesús P. de Mayoly, las Señoritas Carmen Sotres y Victoria Guerrero y los Señores Manuel del Río y José M. Lazcano, cantaron escogidas piezas.

Las Señoritas Catalina Anaya y Maura Segoviano y Señores Cuyás y Contreras, tocaron en el piano; y el Señor Don Mariano Romero en el violín.

Quisiera tributar á todas estas personas los elogios que merecen, y siento á la verdad que esto no me sea posible.

Terminó el acto con un himno, letra de mi amigo Joaquín Gómez Couto y música del maestro A. Cuyás, que cantaron las niñas del Colegio del Sagrado Corazón.

En aquél momento nos sorprendió el reloj dando las doce de la noche; pero parecía imposible que fuera tan tarde: todos creímos que el reloj estaba descompuesto.

Al día siguiente, ó lo que es igual, ese mismo día, lunes 29, pues á las doce de la noche tanto se puede decir buenas noches como buenos días, después de las ocho de la mañana, la comisión respectiva pasó al alojamiento de los Prela-

dos para conducirlos, lo mismo que á su comitiva, á la Hacienda de San Javier y á la Mina del Nopal. Dicha comisión estaba formada por los Señores Luis Licéaga, Ignacio Rocha, Mariano Robles, Manuel Ajuria y Francisco Edefra; pero el Señor Robles á causa de luto no pudo asistir.

Al llegar á San Javier los Ilmos. Señores Obispos bajaron de los carruajes y se dirigieron á la Capilla; adoraron al Santísimo Sacramento, oraron un rato, y después de admirar los magníficos ornamentos, uno de los cuales costó no sé si 20 ó 30 mil pesos, comenzaron á visitar la Hacienda.

Tengo seguridad de que no hay, no solamente en nuestro país, pero ni en el mundo todo, una Hacienda de beneficiar metales montada con tanto lujo como la de San Francisco Javier. Su descripción tendría que ser muy extensa. Me contentaré con decir que tal vez Sarda y Salvany se enojará conmigo, pero lo que es lujoso es muy bello, y lo que es bello no puede dejar de agradarme.

El Ilmo. Señor Barón y algunas personas de la comitiva, no habían tenido ocasión de ver los procedimientos de amalgamación, y siguieron con todo interés los trabajos, así de patio, como de oficinas.

Al terminar la visita y llegando á lo más alto de la Hacienda, nos sorprendió á todos, agradablemente, encontrar un ferrocarril de vía estrecha, cuyos vehículos nos estaban esperando. Subimos á ellos, siendo notable, por su elegancia, el wagoncito que ocuparon los Señores Obispos.

Así atravesamos una parte de la montaña, entramos al patio de la Mina «El Nopal,» y de repente se perdió la luz; llegábamos á un túnel, ó más bien, á la boca-mina, y no descendimos de nuestros carros hasta haber penetrado unos cien metros por las labores de «El Nopal.»

A poco andar nos encontramos el tiro vertical, y allí gozamos de un espectáculo, que aún para los guanajuatenses acostumbrados á él, tiene siempre gran atractivo.

El *minero*, ó como quien dice, el general en jefe de aquél pacífico ejército del trabajo, coloca en el extremo de un largo bastón, unas grandes estopas, empapadas en petróleo, y encendiéndolas las deja deslizar en la profundidad del tiro.

Las paredes del profundo pozo se iluminan, un ruido par-



ricular se va produciendo y amenguando en las entrañas de la tierra, hasta que consumida la estopa, antes de llegar al fondo, vuelve á quedar todo en la oscuridad, iluminada, sin embargo, por la imaginación de los que tienen fijos los ojos en las profundidades del tiro, viendo con ella el laborioso pueblo entregado sin descanso á sus peligrosos trabajos.

La *diversión* que siguió nada tiene de agradable: yo estoy persuadido que los cohetes, los toros, el pugilato y las tapadas de gallos, si nuestro siglo fuera tan ilustrado como se dice, ya no existirían sino en las leyendas referentes á los siglos bárbaros.

Ver á los toros en las labores del campo cumpliendo con aquel fin para que Dios los creó, causa en el ama un placer tranquilo, que dignifica al hombre que lo siente; pero gozar con su sangre, con sus dolores y con sus tormentos, revela no solamente mal gusto, sino mal corazón y una alma rebelde á la educación del cristianismo. Del mismo modo, el estallido de la pólvora en los barrenos de las minas, ó en los que están cavando el pozo que ha de surtir de agua á una comarca, ó bien en destruir la roca que se opone al trazo del ferrocarril, podrán dar placer á las almas que busquen sus placeres en la razón; pero *divertirse* haciendo estallar esos proyectiles que se llaman cohetes de bomba, cuando pueden dejar tuerto al vecino, ó sordo al que sin imprudencia de su parte sienta reventar la bomba junto á sus oídos, indica no sólo un gusto pésimo, sino gran imprudencia de carácter y casi casi una cabeza de chorlito.

En esta ciudad especialmente hay tristes recuerdos de los cohetes. Como existen grandes atejabanas, así en las galerías de las haciendas como también cubriendo los molinos, aquella madera vieja y seca es un combustible muy á propósito para continuar la inocente diversión de los cohetes, y el hecho á que me refiero es el incendio de la Hacienda de la Señora Doña Ignacia del Moral de Gutiérrez, ocasionado hace pocos años por la inofensiva diversión de los cohetes de Mellado.

La prensa se ha fijado mucho en estos días en las desgracias ocasionadas por las armas de fuego, cuando las manejan imprudentemente; ¿cómo no ha llamado la atención sobre

las desgracias que los mismos periódicos están continuamente publicando, ocasionadas por los cohetes que nunca pueden ser manejados con prudencia?

Los proyectiles de las armas de fuego tienen una dirección fija y por lo mismo estas pueden ser manejadas por manos competentes, pero dar dirección á los cohetes es más difícil que dar dirección á los globos.

¿Cómo no haberse fijado en las continuas noticias de los periódicos, así de la Capital como de los Estados, y que nos hacen saber, ya que á una mujer le incendiaron la ropa; ya que un obrero perdió un ojo; ya que un niño sufrió horribles quemaduras, con otras *pequeñeces*, efectos de esta diversión?

Recuerdo que siendo el Señor Sollano Rector de San Gregorio, estuvo en riesgo de perder la vida á causa de los cohetes.

Pero basta de digresión, la cual fué motivada por un insidente desagradabilísimo.

El minero acostumbra, después de las estopas, arrojar cohetes al tiro, lo cual ocasionó esta vez que se quedara sordo el Señor Cura Licéa.

Es de esperarse que sea sólo un accidente pasajero; pero un médico á quien referí el caso, manifestó temor de que perdiera el oído.

Este Señor Licéa es el Cura de Apaseo, de quien tanto «El Tiempo,» como otros periódicos, se han ocupado hace poco, diciendo, y con razón, que para los pueblos son más útiles los curas como este, que los Ayuntamientos.

No habíamos notado, la mayor parte, el desgraciado accidente de que acabo de hablar, y lo cual nos hubiera quitado el gusto, y continuamos bajando por la mina precedidos por los Prelados. Esta vez íbamos á pié alumbrados por antorchas de resina que daban un aspecto fantástico á aquellas galerías subterráneas.

De repente la pared abre un claro por el cual penetramos, recibiendo una gratísima sorpresa; estábamos en el Altar. La estancia estaba iluminada por multitud de velas que pendían de la maciza bóveda de granito. Entramos, y en aquel momento se dejaron oír las sonoras notas de un órga-



no y unas dulces y argentinas voces cantaban la Salve acompañadas de sus acordes.

¡Compréndase, si se puede, la emoción que embargó los ánimos! Una montaña sobre nuestras cabezas; luces vacilantes y opacas por la falta de atmósfera libre; la espaciosa ronda que ocupábamos abierta en las entrañas del planeta; una poética Imagen de María Inmaculada ocupando el fondo alumbrado por pequeñas é incontables lámparas; todos reducidos al silencio por aquel imponente y extraño espectáculo, y en aquel momento los sonoros acentos del órgano vibrando en aquel aire prisionero, y yéndose á perder en concavidades más profundas todavía, y en aquel momento las únicas voces perceptibles, acompañadas de una música tierna, dulce, apacible, invocaban á la Madre de Dios como vida, dulzura y esperanza nuestra.

Aquello se pudo sentir muy bien, pero no puede escribirse.

Saliendo de la mina, pasamos al *buffet*, donde estaba servido el *tunch*, y después de haber tomado algunos *sandwichs* rociados de Cos Labory.....

Pero me interrumpo, porque ya no sé si estoy escribiendo en castellano." — RAMON VALLE.

Guanajuato recordará durante muchos años estas grandiosas ceremonias, estas entusiastas manifestaciones, y su descripción podrá más tarde servir como un complemento al opúsculo que tantas veces hemos citado «La grandeza Guanajuatense.»

También ahora se trataba del soberbio templo, gloria de la ciudad, y á cuya reconstrucción habían contribuido todas las clases de la sociedad, con verdadero empeño.

Se trataba además de honrar al *Señor Cura Arciga*, que ha recibido tantos testimonios del amor de los que alguna vez fueron sus feligreses, que apenas hay memoria de otro eclesiástico tan querido en esta Capital.

Se trataba igualmente de recibir por primera vez al segundo Pastor de la Diócesis de León y de manifestarnos sus verdaderos hijos.

Finalmente, se trataba de hacer una pública manifestación de Catolicismo, en estos tiempos en los que no hay fiel que

no esté obligado á esto, pues por virtud de las circunstancias, la indiferencia y aún el poco celo, son interpretados como signos más ó menos claros de apostasía.

Por eso continuaremos copiando la descripción de las fiestas publicada en «El Tiempo,» transcribiendo en seguida el tercero y último artículo.

«Volvimos á la ciudad, y en la tarde del mismo día (28 de Enero) tuvo lugar la distribución de premios á los niños de las escuelas católicas. Eran tantos, que se escogió para el acto el Templo Parroquial.

El día 29 visitaron los Ilmos. Señores Obispos la Casa de Moneda, y la convivialidad de ese día fué en la casa del Señor Presbítero Don Lucio Marmolejo; Monseñor Montes de Oca no pudo asistir á ella por estar invitado en la casa del Señor Don Ignacio Ibarguengoitia,

En la tarde acompañé al Señor Arciga á visitar el panteón particular, (Panteón Católico) bendito bajo la advocación de San Miguel.

Al entrar, se extendió á nuestra vista un magnífico jardín, que es como el vestíbulo de aquel campo de la muerte, ó más bien, de aquel campo de la resurrección. De acuerdo con esta idea la única inscripción que según se dice ha de ponerse en la portada, será esta: RESURECTURI.

Terminado el jardín, entramos al cementerio, en medio del cual se eleva magestuoso é imponente un gran crucifijo de metal.

Caminábamos silenciosos, y yo recordaba que también en un jardín fué sepultado el *primogénito de los muertos*, y meditaba que si fuese posible que dentro de algún tiempo, algunas piadosas mujeres vinieran á buscar á alguno de aquellos cuyos sepulcros iban encontrando, no faltaría un angel que les dijera: «No está aquí; ha resucitado.»

El cementerio es un lugar de espera; una tumba es un maestro y una esperanza. Si Dios me permite disponer la mía, sobre mi losa no se grabará sino esta inscripción: HIC VERITAS, ULTRA VITA.

Pasando el camposanto se continúa el jardín y dejando yo á los señores á quienes acompañaba, fuí á sentarme á la ori-